

Guerra entre Barbaries o la Persistente Apuesta al Holocausto Humano

Dar cuenta de la guerra es, en cierta medida, referirnos a esa permanente apuesta de los hombres por jugar a la propia autodestrucción humana. Si bien es cierto que ese proceso, en tanto que realidad, no es nuevo, en los últimos tiempos se ha convertido en la principal variable de las tortuosas relaciones internacionales que se intentan configurar y reconfigurar luego del 11 de septiembre de 2001.

Digamos que este hecho se convierte en una suerte de punto de partida de un sistema internacional disperso, conflictivo, híbrido y cuya tendencia principal ya no es el otrora concierto, ni el *balance of power* de la posguerra, ni siquiera hegemónico entre dos polos de la época de la Guerra Fría, sino esencialmente supremacionista.

De esta realidad nos dan cuenta los extraordinarios trabajos de los profesores Alfredo Angulo, María Eugenia Carnevali, Franz Lee, Román Rodríguez y Vladimir Aguilar, a partir de la lectura del libro de Carlos Taibo intitolado *Guerra entre Barbaries. Hegemonía norteamericana, terrorismo de Estado y resistencias* (Madrid, Editorial Suma de Letras, 2002). Cada uno desde su propia perspectiva, es decir desde la historia, la filosofía, el derecho o desde las propias relaciones internacionales, nos alertan más sobre las rupturas que de las continuidades en las relaciones internacionales de los últimos tiempos.

Cada vez resultan más insuficientes las propuestas de paz que puedan erigirse desde los premios Nobel o desde las propias Naciones Unidas. Las propuestas de reforma en su seno pasan por tener que reconocer que el sistema internacional del presente no es el mismo de finales de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, los Estados, y fundamentalmente los Estados fuertes, se siguen aferrando a esa perversa idea de que ellos son los actores únicos y supremos del sistema internacional.

Los trabajos que siguen intentan cambiar esa visión unilateral de las relaciones internacionales, dando cuenta de la guerra como esa «trágica necesidad» por la cual ha de transitar nuestra especie en la imperioso deseo de construir un mundo más humano.



La inevitable guerra como realidad del tiempo presente y futuro¹

Vladimir Aguilar Castro*

Los últimos acontecimientos² que se han producido en el seno de la política internacional, han dado un viraje al contenido de los temas que venían siendo parte de la agenda global. Después de finalizada la Guerra Fría el tema de la agenda, a pesar de haber adquirido connotaciones pluridimensionales, en el fondo mismo de las relaciones internacionales del momento seguía siendo unidimensional. Muchas fueron las teorías que intentaron darle una explicación adecuada a este supuesto viraje. Desde el fin de la historia, pasando por las más disímiles teorías de los cambios mundiales, hasta llegar a un tal choque de civilizaciones (que hoy en día

¹ Este escrito forma parte de una obra inédita más amplia intitolada AGUILAR CASTRO, Vladimir, *Los nuevos tiempos del capital*, Venezuela, 2003 (inédito).

² El 11 de septiembre no sería sino un corolario de las pequeñas guerras que inundaron la realidad mundial a partir de las realidades domésticas, concretamente luego del fin de la Guerra Fría a finales de los años ochenta y principios de los noventa.



La segunda guerra del Golfo o guerra contra Irak sería el catalizador de todas las anteriores guerras y de las próximas que vendrán.

sustituye la tesis de Fukuyama³), el mundo intentó ser entendido desde una perspectiva de la distensión.

Como lo constatáramos en una oportunidad que nos permitimos aquí reproducir, el fin de la Guerra Fría hacía necesario la elaboración de un nuevo tipo de argumentación política que reemplazara la del anticomunismo, pues había evidenciado una enorme eficacia. La primera experiencia de la administración Bush (padre) fue la intervención de Panamá: bautizada «*just cause*» y precedida de una campaña mediática sostenida contra Noriega, ex-agente de la CIA, con la intención de conferirle a la operación la apariencia de una gigantesca

acción contra el narcotráfico y el restablecimiento de la legitimidad democrática. Esta hazaña que mereció la condena de los EE.UU. por parte de las Naciones Unidas requería de un nuevo episodio para su total comprensión.

Fue la guerra del Golfo lo que constituiría el primer caso exitoso de aplicación de la nueva doctrina. Esta guerra fue la ocasión del primer recurso metódico de propaganda occidental a la imagen de la Segunda Guerra Mundial. Esta vez era Bush por Roosevelt, Thatcher por Churchill y Mitterrand en el rol del general De Gaulle. La guerra del Golfo fue la primera guerra, luego de 1945, donde todos los vencedores del nazismo se encontrarían de un mismo lado⁴. Este éxito debía mantenerse con un nuevo enemigo: el terrorismo. La guerra contra Irak fue una guerra mucho más «*justa*» que la operación anti-Noriega. La coalición encabezada por Washington actuaba de conformidad indiscutible con la legalidad internacional y presentaba todas las apariencias de un acuerdo con los famosos criterios cristianos de la «*guerra justa*», tal como fueron definidos desde San Agustín hasta Santo Tomás de Aquino⁵.

En el caso de la guerra de Kósovo, lo que ella perdería en «*legalidad internacional*» contraviene la Carta de las Naciones Unidas y al propio tratado fundador de la OTAN, debía ser recuperado en «*legitimidad humanitaria*». Esto es lo que Noam Chomsky⁶ ha definido como nuevo humanitarismo militar el cual, poco original, ha existido en todas las épocas y en todas las circunstancias donde los actos dominantes de las potencias debían ser barnizados de apariencia religiosa o moral. Sin ir muy lejos, el siglo XX abunda en ejemplos de agresiones armadas que tienen tanta relación con la causa humanitaria como la pretendida invasión de Etiopía por las tropas de Mussolini, como «*justa*» lucha contra el esclavismo. A este «*derecho de intervención*» que se arrojan las potencias más poderosas del planeta, haciéndose eco del «*unilateralismo imperial*» resultado de la ley de la jungla, Chomsky propone oponerle el derecho internacional y sus instituciones existentes: lejos de ser perfectas, éstas se mantienen como una opción válida en materia de relaciones internacionales⁷.

La guerra contra los talibanes de Afganistán denominada Operación Duradera, pondría de relieve un nuevo episodio del *lobby* armamentista y de su mano derecha, el capital financiero. En efecto, debían corregirse los errores de «*ilegitimidad internacional*» cometidos en el pasado durante la guerra de Kósovo. Esta vez tenía que contarse con la aprobación de las Naciones Unidas y ya no sólo de sus aliados, pues se trataba de una «*guerra de civilizaciones*», del «*bien contra el mal*», de Occidente contra «*lo desconocido, lo incierto, lo imprevisto e inesperado*»⁸. El mundo asistiría amordazado a la madre de todas las contiendas pues lo que estaba en juego era el propio destino de la civilización (occidental).

La superpotencia respondería en nombre de todos los que manifestaban cerrar filas a su lado, a la defensa de lo que supuestamente estaba en peligro de muerte: el sistema capitalista. Pero esta guerra no sería la última. La segunda guerra del Golfo o guerra contra Irak sería el catalizador de todas las anteriores guerras y de las próximas que vendrán.

***Profesor del Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL), ULA
E-mail: aguilarv@ula.ve**

³ Nos permitimos mencionar dos excelentes críticas a cada una de estas teorías: para la primera (choque de las civilizaciones) recomendamos la lectura de ACHCAR, Gilbert, *Le choc de barbaries. Terrorisme et désordre mondial*. Op. cit. pp. 98-105; y para la segunda (fin de la historia), en la cual se hace un emplazamiento a la simplicidad del planteamiento de Francis Fukuyama, ver ANDERSON, Perry, *Los fines de la historia*, Barcelona, Anagrama, 1996, 173 p.

⁴ Cf. CHOMSKY, Noam, *Le nouvel humanisme militaire. Leçons du Kosovo*, Lausanne, Editions Page Deux, 1999. Debemos recordar que esta guerra contó con la complicidad activa de Moscú y pasiva de Pekín al igual que la reciente Operación Duradera de lucha contra el «*terrorismo*».

⁵ Op. cit. Tampoco debemos de perder de vista que fue Santo Tomás de Aquino quien teológicamente fundó la pena de muerte.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ Palabras de Donald Rumsfeld, Secretario de Defensa de los Estados Unidos, ante el Senado para explicar las líneas maestras del nuevo presupuesto y gasto militar. *El País*, Madrid, domingo 10 de febrero de 2002.